

Economía moral

Dos importantes autores buscan salidas a la crisis ambiental, 3ª entrega

JULIO BOLTVINIK

La idea de libertad unida a la autonomía individual prevaleciente en la Edad del Progreso –que es una libertad negativa, el derecho a la exclusividad, a la autosuficiencia, a no estar obligado con otros– es considerada como un concepto alienado por las generaciones *milenial* y Gen-Z, que han crecido en un mundo que está cambiando de la propiedad al acceso, del valor de cambio al valor de compartir, de mercados a redes, de una obsesión por la exclusividad a una pasión por la inclusividad, continúa diciendo Jeremy Rifkin (JR) en *The Age of Resilience*, que empecé a narrar en la entrega del 28/4/23. Estas generaciones juzgan su libertad por el grado de acceso que tienen para participar en las plataformas que proliferan ahora. Ser libre para una generación digital es ser capaz de participar en todas ellas. La libertad como acceso e inclusividad constituye el fundamento político de la *parescracia*, sobre la cual JR señala que “la historia sugiere que vamos dirigidos hacia este cambio político fundamental de un mayor papel para la *parescracia* distribuida en los asuntos de gobernanza. Las asambleas de pares no buscan ser un apéndice *ad hoc* de la democracia representativa, sino algo mucho más transformacional. La *parescracia* distribuida es un reto a la noción misma de democracia representativa como única manera de gobernar”. Añade que los gobiernos nacionales, estatales y locales probablemente no desaparezcan, pero cambiarán en las próximas décadas y, tras siglos de una estructura piramidal de arriba abajo, nos moveremos hacia un patrón más

lateral y distribuido en el que la toma de decisiones será cada vez más ejercida al nivel más íntimo de la biorregión. El autor ofrece los ejemplos de la presupuestación participativa en Porto Alegre y el control comunitario de escuelas y la supervisión comunitaria de la policía en Chicago. Discute las diferencias entre gobernanza distribuida y descentralizada. Defiende la primera en la que hay una especie de cogobierno entre la *parescracia* y el gobierno tradicional. Compara lo ocurrido en el Reino Unido y Francia en materia de *parescracia* para fines de control del cambio climático y sugiere que las fortalezas de ambas experiencias pueden combinarse. Concluye el capítulo 12 señalando que “sólo una *parescracia* distribuida que actúe como intermediaria entre el barrio y la biorregión, la sociedad civil y el gobierno representativo, pueden asegurar que todo el peso de la comunidad se hará valer en respuesta a la *resilvestración* (*rewilding*) de la tierra” que el cambio climático está generando. Hasta hace poco, señala, la movilización de la sociedad civil era espontánea en reacción a las catástrofes, pero ahora que son más frecuentes, la respuesta se ha estado institucionalizando mediante asambleas ciudadanas que trabajan al lado de gobiernos locales. Añade que “la lucha por adaptarnos al cambio climático será ganada o perdida dependiendo de que cada barrio y comunidad pueda movilizar y desplegar una infraestructura resiliente que dará nueva vida a La Tierra y nos dará una segunda oportunidad de encontrar nuestro nicho adecuado. Traer la gobernanza al suelo en el que vivimos con nuestras compañeras-

criaturas es la única manera viable de aferrarnos a nuestro futuro como especie y enmendar la violencia que hemos infligido a la Tierra. Esto significa tomar una decisión consciente de reunificarnos con la comunidad de la vida y adaptarnos a nuestra casa planetaria usando sistemas de modelaje social/ecológicos complejos. *Esto es lo que significa ser resilientes*. Sólo entonces tendremos los medios para florecer de maneras enteramente nuevas. El primer paso es un compromiso de toda la especie para participar en una gobernanza *parescrática* fuerte en nuestras biorregiones, con la misión de nutrir y sanar las áreas comunes ecológicas que nosotros y nuestras compañeras-criaturas habitamos. Este proceso empieza liberando nuestro atributo más definitorio como especie, cableado en nuestra biología: nuestra capacidad de sentir y experimentar (*experience*) un profundo *apego empático* con otros seres”.

Con esto da paso al capítulo 13 y último: El surgimiento de la conciencia biofílica. Este comienza retomando la *teoría del apego* de Bowlby que sostiene que el primer impulso de los bebés no es autogratificación y autonomía sino *afecto* y *apego*. Sin este fundamento, se pone en riesgo su futura felicidad y salud. Pero el mismo infante está interesado en explorar el mundo, sabiendo que siempre puede volver al refugio seguro de su cuidador primario. En menores sanos ambas conductas se alternan: alejarse explorando y regresar a la seguridad. De esto concluyó Bowlby que *un buen padre/madre debe ser sólo suficientemente bueno(a)*: mantener el apego seguro y al mismo tiempo permitir al menor explorar y hacerse independiente. Si lo logran, el menor adquirirá la seguridad emocional pare independizarse. La evolución del impulso empático incrustado en nuestros neurocircuitos depende de la nutrición que reciban de sus cuidadores primarios y de la conciencia creciente del menor sobre la mortalidad y la muerte. Es la conciencia que la vida es temporal y efímera, lo que permite que la empatía florezca. El

impulso empático que emana de nuestros neurocircuitos, es un reconocimiento emocional y cognitivo de la vulnerabilidad del otro y de su lucha para florecer. El impulso empático no sólo depende de la crianza de menores y de la sucesión de figuras de apego individuales. La empatía también evoluciona en la historia; se expande más cuando se está instalando y desplegando una nueva infraestructura. La población no relacionada por parentesco se autodefine como un organismo social que actúa como familia ficticia en la que los miembros empatizan entre ellos como si fueran parientes. Nuestro neurocircuito mantiene el espíritu empático vivo y ahora está llevando a la humanidad a la siguiente etapa de nuestra evolución empática –quizás a tiempo para salvar a nuestra especie y a nuestras compañeras-criaturas. Una generación joven está empezando a romper apegos religiosos e ideológicos y entrando a una familia más inclusiva. La conciencia biofílica está emergiendo y puede ser el elemento definidor de la *Edad de la Resiliencia* a medida que nuestra especie empatice con nuestras compañeras-criaturas. La conciencia biofílica es no sólo una recomendación o un deseo. El cambio climático nos llevará a un tortuoso final del juego en la Tierra. Sólo si nos identificamos profunda y empáticamente con ellas podemos tener esperanza de asegurar nuestro propio futuro. “La biofilia no viene sola. Es parte de un paquete. La nueva infraestructura digital –e interconectividad que la acompaña– le otorga a nuestra especie el alcance distribuido que necesitamos para facilitar más manos en la gobernanza adaptativa en biorregiones y ecosistemas. Esto es vital porque el poder del abrazo empático depende, en parte, de la proximidad de la experiencia. Gobernanza biorregional, acoplada con supervisión *parescrática* más íntima de ecosistemas locales, pone a nuestra especie directamente en contacto con nuestras compañeras-criaturas, permitiendo que el poder de la empatía florezca”.

